

Hugo Padeletti

EL ANDARIEGO

POEMAS 1944-1980

Miradas al fulgor: tiempo, moral y forma

Lectura de *El Andariego (Poemas 1944-1980)*,
de Hugo Padeletti*
(fragmento)

La errancia

El Andariego atraviesa estaciones pero como efecto de su destino: su elección es andar, pero su destino, al cumplirse, requiere menos de una elección que de un reconocimiento. Lo que se reconoce en el andar es un sentido, que es el anagrama de destino: hay un sentido (una dirección y a la vez un significado) en todo destino. El sentido de la vida implica el transcurso y el decurso de las estaciones: no son una etapa superada sino inclusiva. Las estaciones son a la vez jalones del tiempo cíclico y estancias en el espacio. El que las recorre es el Andariego, el errante, el *Wanderer* temporal y espacial. "Aceptar mi propia vida como destino y también la poesía -dice Hugo Padeletti- fue para mí como la aceptación del crecimiento de un ser vivo que ignora sus propias leyes. Tales leyes, que lo gobiernan, se encarnan en él -aun cuando podamos ser infieles a nuestro destino, ya que siempre habrá un margen de libertad, de libre albedrío".¹

La noción de cumplir el destino unido a la errancia ya era motivo central de aquella antigua elegía anglosajona que se halla en el *Exeter*

* En su desarrollo, este estudio crítico de la poesía de Hugo Padeletti incorpora y amplía las nociones elaboradas en un artículo anterior, aparecido a propósito de la publicación de su poesía reunida en *La atención. Obra reunida: poemas verbales-poemas plásticos*, I, II y III, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1999: "Hugo Padeletti: Formas del vacío", en *Diario de Poesía*, 56, Buenos Aires, verano de 2000, pp. 24 y 25.

¹ Si no hay otra indicación, las declaraciones de Hugo Padeletti provienen de una conversación llevada a cabo con el poeta el 18 de julio de 2007, en Buenos Aires.

Book, “*The Wanderer*”, que puede traducirse como “El Errante” o, para celebrar la simetría, como “El Andariego”: “...*he has long been forced/ to stir with his hands the frost-cold sea,/ and walk in exile’s paths. Wyrð is fully fixed!*” (“[El Andariego] se vio obligado/ a remar en el mar frío de escarcha,/ y a recorrer los caminos del exilio. ¡El Destino inexorable se cumplió!”). En ese poema, el vocablo reservado a la noción de destino es *Wyrð*, más antiguo que el inglés *Destiny* o *Fate*: proviene del verbo *weorthan* que significa ocurrir, acaecer, tener lugar e incluye tanto un acontecimiento, como el destino o la personificación del hado. El destino que se une a la errancia es aquello que tiene lugar, que ocurre inexorablemente. Y, asimismo, en el vocablo destino se halla, por un lado, la idea de un lugar al que alguien o algo se dirige y, por otro, la noción de fatalidad o de sino, la causa o la fuerza a la que se atribuye que algo determinado pueda ocurrir, o que particularmente se una a cada ser. Por ello, la figura del andariego, el caminante, el errante, el nómada es la de alguien cuyo destino debe alcanzarse y debe cumplirse. *Lü / El Andariego* es el hexagrama 56 del Yi King, citado por Padeletti en un epígrafe inicial. El dictamen de “El Andariego” reza: “Éxito por lo pequeño. Al Andariego la perseverancia le trae ventura”. El Andariego no tiene morada fija: el camino es su hogar.²

El Andariego es asimismo un buscador. Dice Padeletti:

En la tradición hispánica no abunda una figura que es habitual en la anglosajona y que siempre preferí: *the seeker*. El buscador no es aquel que se centra para siempre en una religión, sino alguien que prefiere buscar en varias, como el que busca un sentido. En mi juventud investigué el esoterismo y la teosofía, que me vincularon por primera vez, aunque muy imperfectamente, con el pensamiento oriental. Más adelante leí intensamente a René Guénon, que criticaba la teosofía, pero comprendí que no era un maestro espiritual. Leí también a Rudolf Steiner. Tiempo después me vinculé con el cristianismo, tuve un director espiritual e investigué todo lo que estuvo a mi alcance, tratados de teología, vidas de santos, historia de la iglesia de oriente y de occidente, escritos místicos. De esa época data “El árbol de la culpa”. Pero también lo abandoné y supe que yo no estaba hecho para el cristianismo o el cristianismo no era para mí, ni estaba destinado a algo tan extremo como el misticismo. Leí a Simone Weil. Y supe que la experiencia humana de la tierra y del cuerpo es formativa. Me acerqué luego al hinduismo, inicié mis lecturas del Vedanta. Hasta que viajé a la India en 1966, desde París, donde tenía una beca. Allí, en la India, conocí a Mã Ananda Moyí, que fue una guía espiritual para mí. Ella era itinerante y nadie podía proyectar un encuentro, ya que decía que todos los encuentros estaban destinados y quienes debían hallarla así lo harían. Así la conocí. Estuve en un *ashram*, muchos años después de haberlo imaginado como espacio espiritual. Visité Rishikesh en el Himalaya. Exploré y practiqué el budismo, que fue un descubrimiento fundamental en mi vida. Practiqué la “contemplación serena” de la escuela Soto del zen. Las religiones del mundo en apariencia no son compatibles, pero creo que finalmente Todo es Uno. Lo curioso es vivir experiencias en diversas tradiciones y seguir adelante sin olvidarlas o sin

² *I Ching. El libro de las Mutaciones*, edición de Richard Wilhelm, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 301-304.

haberlas superado. He vivido así y eso se halla en mi poesía. Encuentro un paralelo en la figura de Ramakrishna, que tuvo una etapa hinduista, otra musulmana, otra cristiana, y también fue mujer, siendo siempre el Mismo, aquel que lo es Todo.

Y así escribe en el final de su ensayo “Poesía y plástica en mi experiencia”: “[mis dibujos y mis poemas son] como hitos o estaciones de un largo camino iniciático (dicho sea simbólicamente): el camino errabundo de un *seeker*, de un persistente buscador de sentido”.³

Por ello, el buscador, como representación de un sujeto poético, atraviesa una serie de experiencias, de modos, de modelos, pero ello no supone una progresión, ni implícita ni explícita. Se trata, en cambio, de un incremento. Su busca es una secreta confirmación, que supone menos optar que asumir aquello que el destino propone. “NO SE TRATA DE OPCIÓN Y DECISIÓN -reza el poema-/ de certeza o de duda/ ni de agrupar azares en columnas/ opuestas –SI/ y NO– ni de las fases/ de la luna.// Pretender gobernar derivaciones/ esquivas, cuyas vivas/ prolongaciones nos proponen/ el infinito,/ es infinito.// La esfera del reloj está reglada/ desde adentro. El desgaste/ está previsto. Se adelante/ o se retrase,/ cualquier hora es ahora.”

Jorge Monteleone



³ Hugo Padeletti, *Dibujos y poemas 1950-1965*, Buenos Aires, Áncora, 2004, p. 43.

Primera estación: 1944-1946
Apuntamientos en el Ashram**

Misión

Hay sedimentos de sequía
en el fondo del cauce.

En el pasto su propio secar
y brotar. Reposo,
novilunio.

Me llego hasta las ramas abiertas
porque tiemblo y vacilo.
Las ramas tienen su actitud cada una.

Los álamos obstinan
la misión de lo magro.

Goza en los trigos
el barbecho
su maternidad sombría.

Sube y me reconforta
—proyección de la savia—
algo que viene de antes de la tierra

y vuelvo de los campos
tenso
de gestaciones.

Reverdezco así tras de la entrega,
de la higuera repito el milagro
y, diciendo,
me cumplo.

** “No sabemos si ese Ashram a que alude el título es el lugar físico de meditación y recogimiento o constituye un espacio interior, pero hay en el poeta un sentido religioso muy profundo, asaltado por dudas y afirmado por momentos de revelación.” Elizabeth Azcona Cranwell, “La lucidez del canto”, en *La Nación*, 15 de noviembre de 1992. La opción correcta es la segunda: encontré la palabra en una obra sobre la India y, sin saber gran cosa todavía de su significado, la convertí en el símbolo de ese espacio interior. (H. P.)

Tercera estación: 1948-1953

El árbol de la culpa

Los mirasoles

Parados en la tarde te miramos
con las tensas cabezas inflamadas.
Parados en la tarde te llamamos
y tú te marchas.

Todo el día mirando, todo el día
girando
y tú te marchas.

Cae la noche, caen
nuestras cabezas desplomadas.
Parados en la noche te invocamos,
y tú no pasas.

En la noche siniestra el solitario
jinete galopando se adelanta
y se pierde en la noche, entre las chacras
y tú no pasas.

Parados en la aurora te aguardamos,
te acechamos,
mientras avanzas.
¡Tan hermoso y brillante te miramos
entrar por la mañana!

Pero el tiempo es redondo,
todo el tiempo,
y tú te marchas.

Quinta estación: 1955-1958

Jericó

Jericó

Oscura, serenísima, menuda
sombra de un solo pájaro, testigo
de la memoria que demora, ruda
y espliego de clausura sin postigo,
sola. ¿Será, de certidumbre o duda
mármol o nube, rama gris o higo
maduro, esta comarca azul que ya
respiro, piedra desnuda o maná?

Suavísimo tabique, paz y escudo
de sombra o cruda senda de la hormiga
nocturna, Jericó, o rostro hojudo
del mirto, con un nido que mitiga
la intimidad, o rama con un nudo,
que perfora un abismo, que lo instiga.
Pasó la sombra (el pájaro voló),
quedó, ruinas y palmas, Jericó:

la araña teje, y el gomero exuda,
su blanda gota, bota el enemigo
su dura vela, cela la barbuda
mazorca el liso grano, el vano amigo
esponja su doblez. Y hay una viuda,
aquí, hay rudas ruinas y un mendigo,
en este vano, y muerto hay un gusano
azul y está la palma de la mano.

Séptima estación: 1960-1961

Jonás fugitivo

Entretengo del ocio la inasible

presencia disponible,
del fluir de la fuente la enramada

felicidad,
recojo del silencio las movientes

palabras,
y levanto, de algunos

atisbos imperiosos,
los pabellones breves, sigilosos,

con un pájaro.

Décima estación: 1967
Lugares numinosos

Voy de la excelencia al sabor,

Musée Cernuschi, París.

del sabor al aprecio
del espacio,
en este *kakemono*

—no rozado
por mano humana—
con sello bermellón.

Advierto,
en un rincón,
una rama de hibisco, salpicada

de nieve;
un solo pájaro,
que la intemperie engarza a la intemperie,

en gema viva.

Nada
que pudiera decirse

colmaría el vacío.

Decimocuarta estación: 1973

Ahora-todo

La forma de las cosas

No me gusta la forma
de las cosas
este año. Los peces

africanos
no brillan más. Los nuevos
no son peces. Por años

el aire se enrarece, los espacios
se oscurecen. —'Lo malo
—dijo Alicia— es que soy

yo'. ¿Soy yo?
No soy lo mortecino
de la luz, lo encogido

que me va a ahogar. No soy el repetido
vencimiento
de que lo pienso.

Decimoséptima estación: 1975-1976

La atención II

Las palabras más suaves

producen escozor. Si se apuran los nombres,
lo otro, innominado,
se libera,
 corroe
y en el acto recrea:

 no se sabe
si nueva nube o ave o avería
mortal,
ni dónde, ni pasado
qué punto
es peligroso.

 Los esbozos
de inteligencia extrema que asediamos
—en espejos— son vasos

del vacío.

Decimonovena estación: 1978-1980

El desconcierto

Una semilla de egoísmo

dura,
me ata a la dentada
cadena, a este pulso

asustado. Me expone y me condena
a toda vida. Ruedas
de vida y muerte

son dolor. La del borde,
la última, es mi duda: de qué modo
el espejo vacío y su poblado

reflejo son lo mismo,
si una dura semilla
de egoísmo

los separa.